

Los sortilegios de la mirada: la fotografía de Mariana Yampolsky

• Marjorie Agosin •

La mirada de Mariana Yampolsky concuerda con sus imágenes: es precisa y delicada, jamás avasalladora ni estridente. Ella es como su fotografía: directa y auténtica, con cadencias, silencios y una risa esencial. Sus visiones y revisiones en torno a la imagen, nacen de la experiencia directa del rostro del pueblo mexicano como también de sus moradas: casas, haciendas pueblanas, monumentos abandonados y la memoria que habla por sí misma. Ella retrata lo ausente, lo que deja de ser, pero es recuperado por la mirada que no intenta poseer.

Resulta difícil generalizar en torno a la exhaustiva

producción de Yampolsky, su prestigio en la fotografía mexicana es obvio. Su última exhibición fue en el prestigioso museo de antropología en el Distrito Federal donde expuso una extensa muestra de aproximadamente 50 fotografías sobre arquitectura mexicana. Ha expuesto sus fotografías en Europa y próximamente editará, en Londres, un libro sobre arquitectura mexicana.

Yampolsky, desde los años cuarenta, ha sido una de las figuras más prolíficas en el ámbito del grabado y de la fotografía mexicana. Cabe hacer hincapié a su formación como miembro del Taller de Gráfica Popular (1945-

1958) que consistió en un memorable grupo de artistas dedicados a la promoción y difusión del arte para el pueblo. Esta etapa marca la pauta del compromiso visual y su entereza manifestada en la obra de Yampolsky, ya que toda su producción fotográfica y sus numerosos libros están poblados de un alto contenido ético y social. Ella es una trabajadora cultural que recupera el sentir del pueblo. Elena Poniatowska afirma lo siguiente: "Investida de una responsabilidad política, Mariana es de las que renuncian a sí mismas con tal de estar al servicio de una causa que en el momento le parece más apremiante. Le resulta imperativo atender a tal o cual necesidad de unos y otros y postergar su propia obra. Ser más que fotografa, no vivir de la fotografía, compartir, dar, no zafarse de compromiso o exigencia social alguna." (Prólogo, *La raíz y el camino*.)

No resulta anacrónico hablar del concepto ético de su obra, sino que, más bien es necesario. Recientemente, la fotografía mexicana ha sido creada bajo las presiones postmodernas y ca-



Foto: Mariana Yampolsky

pitalistas de un mercado norteamericano que desea acaparar la visión y la mirada del objeto fotografiado con el fin de apropiarse de la imagen amorfa, ambigua para definir la identidad de lo exótico, de lo ajeno. Las fotografías son para la exportación, gustan a la mirada del extranjero y cito aquí por ejemplo a la obra de Graciela Iturbide, Weston y la pintura de Frida Khalo, que sin lugar a dudas son obras extraordinarias, pero a la vez iconizadas por un mercado de masas. Yampolsky no participa dentro de esta categoría.

La producción fotográfica de Yampolsky señala un trabajo alternativo a la fotografía mexicana actual. Sus imágenes tempranas aparecen en los hermosos libros *La casa que canta* y *Haciendas poblanas* hasta su obra más reciente, *Mazahua*, poseen la visionaria mirada de la fotógrafa que ama lo mirado y la gente que ella refleja. Es decir, no es una fotografía que juzga ni que vigila. Yampolsky no interrumpe las ceremonias del recuerdo ni los ritos ancestrales. La suya es una visión que tiene empatía, compasión por el objeto fotografiado y deja que ese objeto sea una voz auténtica y autónoma, aunque sea la fotografía de un umbral o un ovillo de lana. No es de extrañarse que gran parte del trabajo de Yampolsky tiene varios textos por Elena Poniatowska, la notable escritora y periodista mexicana. Me refiero a esa vital y obvia colaboración ya que ambas mujeres han dedicado su obra, sus palabras y sus imágenes a brindar el espacio a los invisibles, a los sin voz, a los marginados. Son ellas el legado y la voz de la mudez latinoamericana haciendo alianzas de imagen y palabra. Poniatowska afirma lo siguiente en torno a las fotografías de Yampolsky: "Con un infinito respeto, Mariana registra las expresiones populares. Nada hay en ella del fotógrafo, del acecho, de la más violentas emociones. No quiere que la envíen donde está la acción. Su guerra es otra y es muy honda." (Prólogo, *La raíz y el camino*.)

Resulta una tarea extraordinariamente difícil hablar, retratar y narrar la pobreza sin recurrir a las metáforas exóticas del paternalismo. Sin embargo, Yampolsky lo logra y es este su más extraordinario tributo. En *La casa que canta*, uno de sus textos fundamentales, la fotografía se acerca en forma sutil a la imagen, sin jamás intentar poseer ni dominar el objeto retratado. Yampolsky se aproxima con su cámara antigua y absolutamente visible a retratar las viviendas de su país. En el prólogo a esta edición, se afirma que el campesino mexicano, a través de la historia y los siglos "ha vivido aquí observando silenciosamente la salida del sol, de la luna y el brillo de las tinieblas" (p. 14, *La casa que canta*). La casa se levanta a semejanza del templo sobre una pequeña base piramidal. Una escalinata conduce al cuarto único sin ventanas. Tanto las casas de la nobleza como las del pueblo, son de una austeridad notable. (*La casa que canta*).

En *La casa que canta*, Yampolsky ha logrado retratar con su mirada apacible, la memoria de lo rezagado, las construcciones populares prehispánicas. Una determinada mirada a este singular trabajo también permite a su interlocutor detenerse en los materiales que

aparentemente quedarían sumidos en la precariedad. Yampolsky detalla el ritmo riguroso de la piedra, la arena, los musgos, la estructura de la tierra misma que ha moldeado el paisaje del hombre para arraigarse aún más en el porque Mariana escoge el lento y tenso tiempo del campo mexicano, el tañido de las campanas, los tomates sobre una repisa al lado del Niño de Atocha, los ajos y las cebollas, los anafres y la muchacha que se baña a la mitad del río. (Poniatowska, *La raíz y el camino*)

Le pregunto a Mariana Yampolsky qué la conmueve, por qué dedica tanto tiempo a la arquitectura. Ella me dice que se conmueve ante el hombre, su esencia, su naturaleza, que le gusta fotografiar casas porque representan la extensión de su mirada y de su cámara. Dice que ella jamás podría separarse de su cámara.

Yampolsky es considerada como una de las fotógrafas de arquitectura pre-hispánica y popular más conocidas de Latinoamérica. Su constante preocupación en torno a las construcciones y sus materiales, a las puertas y a los umbrales, responden a esa unión donde el hombre y su habitat, sus monumentos y edificios se anudan a lo esencial de la vida misma, de lo cotidiano y de lo mágico. Eso es lo que Yampolsky dibuja con su cámara simple y profunda. En *La casa que canta* observamos que la casa del campesino mexicano, también es sitio de las ceremonias sagradas. Es aquí donde se ama, se come, se duerme y se hacen ofrendas a los espíritus sagrados. Tierra y materia se unifican casi hermanando las fachadas del rostro que las habita.

Me detengo a hacer hincapié a estos trabajos sobre arquitectura popular como también encuentro impactante su colección de fotografías dedicadas a las alucinadas y olvidadas haciendas poblanas del estado de Puebla en el siglo XVIII. Es importante señalar que Yampolsky jamás fotografía a un campesino descontextualizándolo de su cultura, de sus manos y de su arte precario. Toda la fotografía arquitectónica de Yampolsky habla del hombre junto a la naturaleza, junto a las ceremonias del sol y de las tinieblas, arraigándolo a sus tradiciones esenciales, jamás decentralizando a su cultura.

Más que ninguna fotógrafa mexicana, Yampolsky posee un gran sentido de la ética y del respeto por lo que su mirada captura, pero no aprisiona. Ella misma, en nuestras conversaciones, afirma que es incapaz de retratar la desgracia. Es su lente la que no puede presenciar en forma impavida un funeral intenso y privado. Ella no se acercara a él, dejará el silencio, el tiempo y la privacidad del individuo. Por eso la fotografía de Yampolsky está llena de aquellas zonas silenciosas y secretas donde la cámara no manipula ninguna imagen, todo lo contrario, deja que retrate una visión con sutileza, con cautela, como si la cámara fuese independiente del objeto retratado, pero siempre aparece México abierto e iluminado.

Pórticos, ventanas a prueba del tiempo y de la memoria, umbrales y muros desolados y despoblados se mantienen perpetuos y solitarios, configurando la

esencia de las fotografías de Mariana Yampolsky. Las líneas que definen el espacio fotografiado, son amplias y simples, como si detrás de la mirada hubiese otra mirada, la secreta, la íntima, la que perdura. Hay algo en su fotografía que es absolutamente memorable porque no se trata de retratar a lo mexicano, a las iguanas danzantes, sino que se desea acercar a las zonas y al tiempo de lo invisible, de las ceremonias de los campesinos en su más pura forma. Sin embargo, pareciese que Yampolsky se acerca a estos rostros en forma directa, de frente, sin ocultar su rostro ni su cámara como lo define Elena Poniatowska: "Mariana vive la vida como una tarea esencial, pertenece al cuerpo común de los hombres. Su destino es la responsabilidad. Mariana es esencialmente un ser responsable." (*La raíz y el camino*)

Decíamos que sus fotografías marcan las escenas de lo memorable porque rescatan las zonas y los espacios del silencio, porque jamás disfrazan el rostro y la vivienda del mexicano.

En el libro *Las estaciones del olvido*, aparecen en forma traslúcida y unida, los paisajes de la tierra, las escaleras que siempre miran en un acto ceremonioso hacia el cielo, junto a los campesinos sumidos en la celebración como también en el dolor de los trabajos de la tierra.

Toda imagen fotográfica implica un arraigo en torno al futuro, un deseo de trabajar y perdurar la memoria. En el caso de Yampolsky la gran mayoría de las escenas tomadas parecieran acercarse no sólo a la memoria y a sus vestigios, sino que, a su rescate y a su imagen del futuro. Los textos de *La casa que canta*, *Haciendas poblanas* y *Mazahua* apuntan hacia una recuperación de la memoria pero no en forma lineal ni histórica sino que una memoria que también va unida a los tiempos del calendario circular del sol, como al tiempo de las siembras, las estaciones, la luz y el día, invocando al México de la Mesoamérica. Las fotografías de Yampolsky se alejan de todo marco institucional y no pretenden encarnar algún tipo de destino posible, sino que aparecen abiertas, amplias en toda su espléndida y sencilla magnitud: una mujer acariciando su cabello, un guardia y una mujer anónima contemplándose como si se conocieran y desconocieran a la vez. Estas imágenes se ven movilizadas a través de su lente, son seres amenazados ante la urgencia de la supervivencia marcados por un tiempo sin futuro, pero lleno de memorias como sus casas, que son los tatuajes sagrados del recuerdo.

Mariana Yampolsky, a través de sus numerosas exhibiciones y trabajos de campo, posee la colección de fotografías más completa de arquitectura popular mexicana. Ella viaja por el extenso territorio de la memoria mexicana, su corazón, como su cámara, se posan en las zonas de lo invisible, de lo remoto y esencial. México es su país y lo ama a pesar de haber tenido la experiencia de pasar su infancia en Chicago, E.U.

Su último libro, es la historia de la marginalidad, del dolor trastocado. Es la historia del pueblo Mazahua, la crónica de la lucha incesante de una comunidad por su

libertad, entendida en su más amplio sentido social, político, religioso y cultural. Es absolutamente cierto lo que afirma Elena Poniatowska en la introducción, que pocos han sabido mirar al pueblo indígena con la óptica justa como lo hace Yampolsky, sobre todo a lo que concierne la propia identidad de estos grupos rezagados a las zonas del olvido.

A través de los muchos años, Yampolsky se acerca a este poblado indígena, pero nuevamente su mirada es sutil, no es sensacionalista. No aparecen los indios como seres plasmados de las virtudes deseadas y robadas por la mirada occidental con plumas y tiestos mágicos, sino que, se vislumbran con su inocencia, con pudor y con rabia. La fotografía se acerca a ellos y más que retratarlos, los describe con sus ceremonias, sus espacios abiertos y cerrados. Se esbozan en sus rostros las miradas desfiguradas por la tristeza, escenas del adiós a la vida donde aparecen mujeres sumidas en una gran blancura. Yampolsky nuevamente fotografía los ritos de lo cotidiano y de lo sagrado, pero no los utiliza como parte de su historia personal sino que, deja que su mirada acompañe a los mazahuas en sus experiencias y rituales y pareciera que los interlocutores de estos poblados indígenas en los estados de Michoacán y Querétaro. Yampolsky fotografía valles inmensos y desoladores en su grandeza como también los ríos y los rostros de los niños jugando en la más elemental expresión de dulzura. Así el paisaje y el rostro se incorporan a la imagen como si fuesen un solo texto, una sola mirada.

Yampolsky, a pesar de ser hija de padres europeos y haber pasado largos años en Chicago, ama a México y siempre dice que no la confundan con una gringa, que ella tiene la nacionalidad mexicana. Cuando le pido que me cuente de sus vivencias, que me hable de sus trabajos es modesta al decirme que no quiere hablar de su fotografía, que es absolutamente ridículo hablar de sí misma. Ella afirma que le choca la palabra "artística". "Cuando veo una fotografía que me emociona, no me pregunto si es arte, sino como viven esas personas captadas magistralmente por Carter Bresson o Eugene Smith. No me planteo si es reportaje o mito o exigencia social alguna." (*La raíz y el camino*)

Yampolsky es una figura transparente, que nos mira entre luminosa y sólida y según lo que cuenta Elena Poniatowska, se enamoró de México al mirar a unas buganvillas. Yampolsky ama a México, pero al México de los vendedores ambulantes, de los zócalos ebrios, de los cántaros de greda, de las mujeres que visten enaguas coloradas que son tal como son. Para Yampolsky no hay diferencia entre apariencia, y el retrato. Ella desea retratar todo lo que se entrelaza, todo lo que vibra y es.

Conversamos mucho tiempo y siento que hay un acto de fe en lo que ella dice y en lo que hace. Siempre hablamos del respeto por lo que se fotografía, por lo indecible en la imagen, por el respeto hacia los demás. Yampolsky siempre pareciera estar pensando en voz alta, como si sus palabras buscaran el eco del interlocutor y su manera de hablar, me recuerda su manera

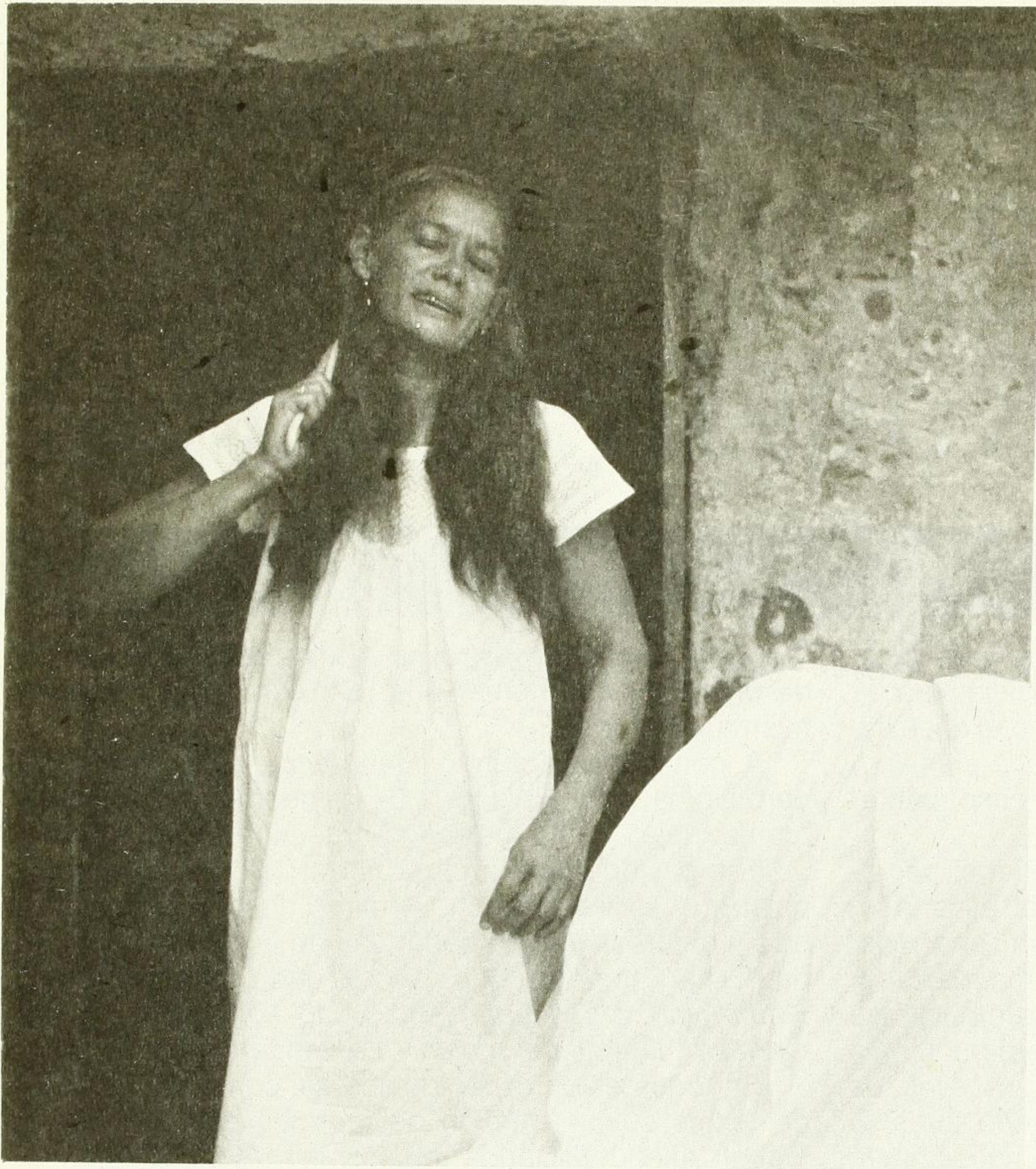


Foto: Mariana Yampolsky

de fotografiar: lo hace con deseo y con humildad. Su cámara discreta se posa en las zonas de la desesperanza, de la extrema pobreza, pero a pesar de todo, deja que aquello que fotografía esboce la humildad, la fe y jamás el paternalismo.

México ha seducido a un sin número de seres iluminados desde André Bretón que dijo que este país era el sitio más mágico de la tierra y Neruda que amó a sus mercados coloridos y los describió con belleza en sus poemas. Entre estos distinguidos artistas sitúo a Mariana Yampolsky porque más que ningún fotógrafo mexicano ella se ha desplazado por la interioridad de su país, ha viajado tras las extensas geografías tras los páramos desolados que aún cobijan los sitios del asombro. Ella ha hecho que hablen casas, puertas, umbrales, mujeres mirando y mujeres danzando. Ha retratado lo efímero, lo popular, las ceremonias de la gente, pero más que nada ha captado las vivencias de un pueblo de artistas. Yampolsky retrata siempre dejando algo de sí misma aunque guardando cautela de no convertir a la imagen material en su propio sueño.

Yampolsky dice que la cámara es la extensión de sí misma y por eso la vemos salir con ella como si fuera su mano o su mirada. Cuando ella habla de su cámara, no disimula nada, tan sólo es una mujer que mira y al mirarse se conmueve, crea distancias, pero luego las borra, se acerca cautelosa y pregunta si puede retratar

un muro, un caballo, una hacienda y en ese permiso yace toda la generosidad, toda la aventura de su máquina y su luz. Su cámara es pequeña. La lleva dentro de un bolso blanco, desarticulando todo concepto previo de la máquina inmensa y devoradora. Nadie la acompaña para cargar su equipo. Ella camina sola, silenciosa y rodeada de magia.

Yampolsky no puede catalogar sus fotografías, son demasiado variadas y testimonian el olvido, el recuerdo de los pueblos perdidos de México. A mi me impresiona cuando retrata el maguey, el copán, porque estas plantas sagradas adquieren por medio de su lente, una belleza inusitada, una distancia que se acerca a la historia milenaria de estos pueblos silenciosos. La fotografía de Yampolsky nos acerca a lo íntimo, a lo efímero y sagrado, al rostro de una niña iluminado por el cielo, a las mujeres solas, a las enaguas blancas, a los tiempos donde ya nada es fecundo, donde todo es historia, mirada y escena: "somos las mujeres mazahuas, las que antes poseíamos venados y ahora ni hombres tenemos. Todos se fueron a trabajar en la construcción, salieron a las grandes ciudades, allá con albañiles, vienen una vez al mes y ya no vienen. No los

volvemos a ver." (Prólogo por Elena Poniatowska, *Mazahua*)

Yampolsky nos acerca a la historia del pueblo, a la historia de México, el territorio masacrado y a las mujeres que desgranar choclos, las que venden frijoles, también retrata buganvillas luminosas. Pero también nos lleva al verano, al corazón del maíz y el día, a la trilla y la tregua, al paisaje abierto y desolador. Yampolsky es como una mirada que no vigila y sólo ama. Le gusta retratar el maíz, como a la mujer embarazada. Su cámara siempre eligiendo el blanco y el negro es una historia abierta, un sortilegio de la mirada. *Pen*

BIBLIOGRAFIA

Yampolsky, Mariana y Elena Poniatowska, *La casa en la tierra*, Instituto Nacional Indigenista, 1981.

Yampolsky, Mariana, *La casa que canta*, Fondo de Cultura Económica, 1982.

Yampolsky, Mariana y Elena Poniatowska, *La raíz y el camino*, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Yampolsky, Mariana y Elena Poniatowska, *Tlacotalpan*, Instituto Veracruzano de la Cultura, 1987.

Yampolsky, Mariana, *Estación del olvido*, 1987.

Yampolsky, Mariana y Elena Poniatowska, *Mazahua*, Gobierno del Estado de México, 1993.